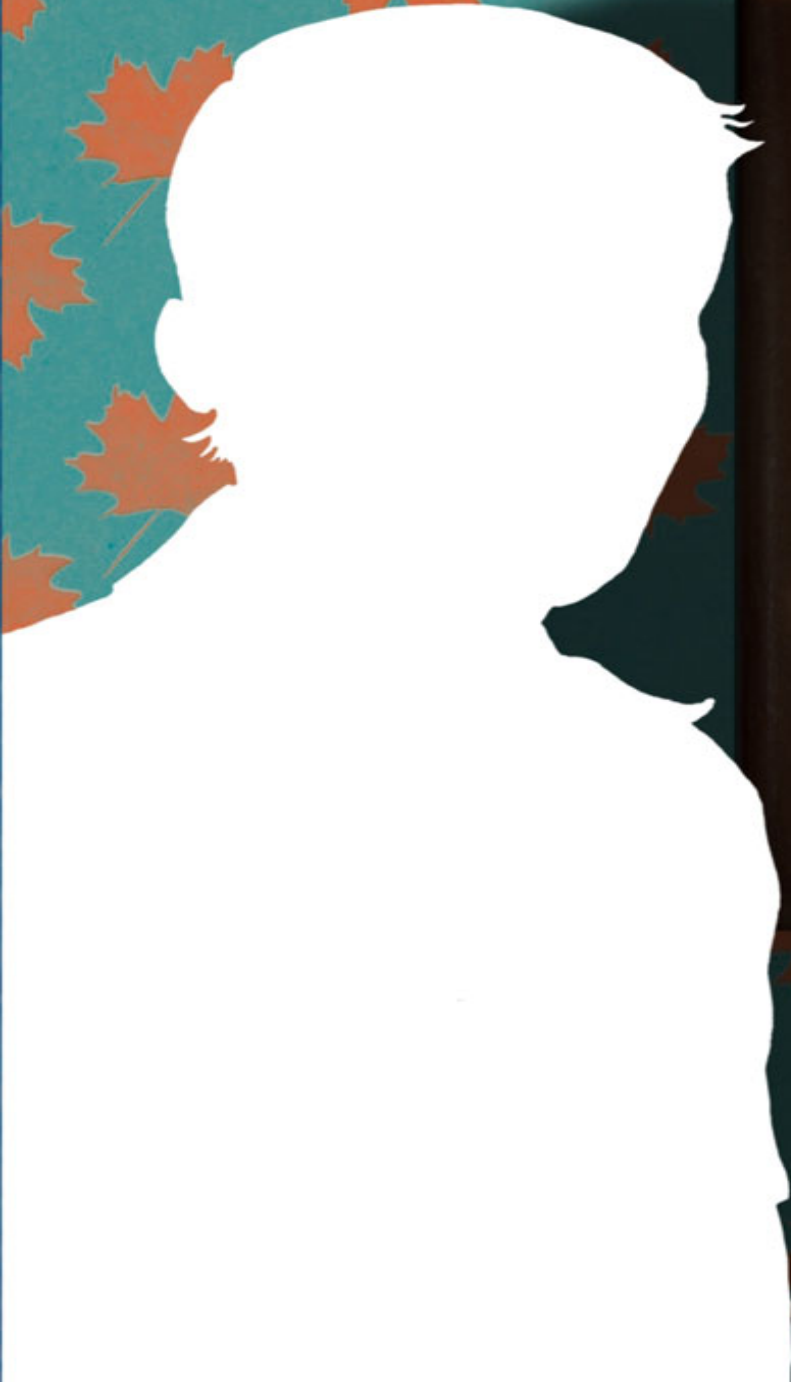


Miguel Paz Cabanas

El viaje del idiota



Ediciones de
BAMBI DEL SOL
Narrativa

El viaje del idiota

Miguel Paz Cabanas



LA NIEVE EN INDIA

Cojo un folio, o mejor dos, del montón que usan los niños para pintar (papeles del sindicato, usados por una cara) y en cuanto me siento suena el timbre. Acudo esperando que sólo sea la vecina que se le acabó el aceite, pero no, es un niño, otro, que viene a jugar con los míos. Hola, le digo. Hola, responde. Qué querías, pregunto. Si puedo pasar, contesta. ¿Pasar? Sí, a jugar. Ahí la conversación se suspende durante unos segundos, para terminar como siempre: Pasa, anda.

En su calidad de instrumento del saber, quizá más exactamente como instrumento para ordenar el saber, la novela siempre ha mostrado una inimitable disposición. No es sensato aspirar al conocimiento cabal —y ordenado— de ninguna época y ningún lugar ignorando la producción novelística habida bajo tales coordenadas. Y otro tanto vale si lo que nos proponemos es iluminar el pozo sin fondo de la condición humana: imposible ver gran cosa sin las teas de la ficción, que al tiempo que iluminan generan grotescas sombras.

¿Podemos salir a jugar?, pregunta el crío al poco de llegar. Le diría que sí, pero ahí fuera quedan veinte centímetros de nieve de los cuarenta que cayeron ayer, y además anoche heló. Así que en previsión de que me

pasaría la próxima hora poniendo guantes, botas de agua, bufandas, gorros, y quitando guantes, botas de agua, bufandas, gorros, y buscando ropa seca y calentando colacaos, por no hablar de cómo me pondrían la casa, les digo que nanay, que jueguen dentro.

Pues bien, entre las muchas bifurcaciones a que ha dado lugar el tronco inabarcable de la novela, hay ramas que con los años, los siglos, han logrado, además de un aura de nobleza, una particular capacidad para abordar las áreas del conocimiento más recónditas, léase lo inmaterial e inaprensible, lo que escapa a telescopios y microscopios, bisturíes, retroexcavadoras y sofisticadas fórmulas matemáticas. Una de ellas es justamente el viaje, entendido como dispositivo vertebrador de estructuras y personajes, de ideas e imágenes, de temas, estilos y todo tipo de tramas novelescas.

El amigo de mis hijos pasa a mi lado de vez en cuando y me mira. No puedo dejar de advertirlo y me desconcentra. Al final, dispara: ¿Qué escribes? Le miro como si tuviera las mismas posibilidades de obtener una respuesta que de convertirse en mi cena. Un prólogo, le digo. ¿Un qué? Observo el *playmobil* que tiene en la mano, un centurión romano con sombrero de *cowboy*, y le aclaro: Una cosa que va antes de un libro. Ah, responde y se va. Los niños son seres que hacen preguntas, una tras otra, insaciables, aunque a veces la respuesta más idiota les resulta suficiente. Del baño llega entonces la voz de la pequeña:

Papá, ¿me limpias? Miro la última frase que he escrito, añadido un punto, voy.

A este venerable registro narrativo adscribe Miguel Paz su primera novela, dato al que inmediatamente hay que adjuntar este otro: *El viaje del idiota* no es la primera publicación del seataotarra ni cabe considerarle un recién llegado a la república de las letras, ese terrible país. Miguel Paz lleva un par de décadas segregando tinta, dentro y fuera del ámbito de la ficción. Ha cultivado el ensayo (obtuvo en 1993 el Premio Letras Jóvenes de Castilla y León por «Al otro lado del espejo», una reflexión sobre el fascismo que todavía me perturba cuando la recuerdo), el artículo periodístico (a través de su columna «Contracorriente», que publica semanalmente el Diario de León) y de manera más prolífica el relato breve (en 2004 Ediciones Leteo publicó sus *Cuentos crueles para leer tumbado en la cama*, volumen que bastaría para hacer de Cabanas un autor de culto). Por lo demás, no ha habido año que no le haya visto cosechar premios y firmar colaboraciones en revistas y antologías. Ahora publica su primera novela y ya sólo nos faltaría descubrir que uno de los cajones de su escritorio está lleno de poemas, y yo apostaría a que sí. Con todo, hay que sorprenderse, y mucho, de que en todo este tiempo no hayan aparecido más títulos de Miguel Paz, hombre nacido para escribir igual que otros nacen para correr o ser salvajes. Eso es algo por lo que habría que pedir explicaciones, pero claro, a quién.

Cuando por fin regresa la madre de mis hijos (del

sindicato, creo), apuro otro párrafo y lo dejo. Tenemos que prepararnos porque es 24 de diciembre y cenamos en casa de mis padres. Despedimos al amigo que vino a visitarnos. Recogemos un poco, es decir, recojo un poco, y empezamos a ponernos elegantes. Yo me ocupo del mayor y mi mujer se aplica sobre la pequeña. Luego nos vestimos ella y yo. Ella elige mi camisa mientras yo hurgo en la cómoda hasta dar con aquel tanga que le regalé, uno mínimo, casi invisible. Y es después, ya en la etapa de los abrigos, los guantes y bufandas, cuando oigo: No te olvides de llevar tu regalo del amigo invisible. Entonces siento que me atraviesa el rayo de Zeus. Entonces, digo, caigo en la cuenta de que olvidé comprarlo.

Por suerte, el «idiota» que protagoniza este «viaje» ha encontrado nave y velamen suficientes para iniciar su singladura, añadiéndose a una nómina gloriosa en la que figuran otros idiotas y otros viajes salidos de la imaginación de las más grandes bestias literarias, un largo recorrido que va del *Ulises* de Homero al *Ulises* de Joyce y que incluye las expediciones de chiflados inolvidables como los de Cervantes, Swift, Defoe, Stevenson, Melville. En lo que yo entendería por un mundo justo, a esos nombres habría que añadir ahora mismo el de Cabanas, que se estrena como novelista con los deberes bien hechos en la cartera y, en el escudo de armas, las prendas francas de la pluma y el tintero.

Veinte minutos más tarde, ya frente a la casa de mis padres, me palpo los bolsillos: Mierda, digo, se me olvidó el

tabaco, id subiendo. Debe de ser mi día de suerte, porque el chino que hay en la calle de mis padres está abierto. Podría sentirme mal por entrar en un chino; por entrar en un chino el 24 de diciembre a las nueve de la noche; por entrar en un chino el 24 de diciembre a las nueve de la noche para comprarle un regalo a mi amigo invisible, que este año es mi mujer. Sin embargo, entro en el chino, oigo un villancico, veo luces de colores y es como si mi alma cruzara las puertas de su salvación.

Pero con todo lo que llevo dicho podría parecer que sólo he leído la contraportada del libro de Miguel, o la sinopsis del editor, y no es así. Yo tuve la suerte de ser uno de los primeros lectores del manuscrito original y si fuera un poco más humilde no diría como Borges en el prólogo a *La invención de Morel*, de su amigo Bioy Casares: «He discutido con su autor los pormenores de su trama, la he releído; no me parece una imprecisión o una hipérbole calificarla de perfecta». Tal cual.

Mi hermana, conductora del rito del amigo invisible, dice que los regalos mejor abrirlos antes de cenar. Ella misma trae la bolsa en la que están todos los paquetes con su nombre correspondiente, la bolsa en la que metí mi regalo a última hora, disimulando como pude. Cada cual toma el suyo y sopesa, intuye, adivina. Hay risas y mucha expectación. Mi amigo invisible me regala, por supuesto, un estuche con un bolígrafo y una pluma preciosos, en verde esmeralda esta vez, un elegante juego de escritura que se sumará a los otros seis o siete que tengo, yo que

escribo con un boli en el que pone «Frutería Marisa». A mi hermana algún desalmado le ha regalado un juguete sexual y se le abre la boca mientras mi padre la mira sin entender, el pobre. Mi mujer, al fin, toma su regalo y comienza a rasgar. Yo pongo cara de sota de bastos. Mi mujer practica yoga y siempre ha dicho que le gustaría ir a la India. Y eso, *Made in India*, es lo que pone en la peana de la bola de cristal en la que hay un buda y si la agitas parece que está nevando.

Para abordar sin descalabro un registro tan encumbrado como el del viaje novelesco, haría falta tener todo lo que tiene Miguel, y todo en la justa medida, como lo tiene Miguel. Mirada de niño, lo primero, y temeridad suicida de cazador de ballenas blancas, la voz con que sedujeron *tusitalas* y *sherezades*, el más fino y cruel sentido del humor, sucinta gestualidad de *gentleman*. Con esas herramientas ha construido Miguel Paz Cabanas su primera novela, la ha ajustado y perfeccionado hasta obtener una maquinaria de precisión, un espejo prístino, la pasmosa carabela que boga en el vientre de una botella. *El viaje del idiota* es una historia que hará reír primero, pensar después, llorar por último. Conmovedora, incisiva, descacharrante; pero sobre todo, impagable como instrumento al servicio del mandato antiguo, aquel «conócete a ti mismo» que constituye el saber más elevado al que puede aspirar un ser humano.

La noche pasa bien para ser Noche Buena. Más tarde, mientras me lavo los dientes, pienso aún en viajes, en

idiotas, y siento que, como la esforzada gota en el grifo que no ajusta, termina de redondearse en mi cabeza el último párrafo del prólogo. Tengo que escribirlo en ese momento o lo olvidaré. Pero mi mujer se levanta el vestido y echa mano a mi camisa. Espera un minuto, le digo, ni te muevas. Sí, responde, con el frío que hace. Ponte el albornoz, insisto. No seas idiota, me despide, y la veo encaminándose al lecho antes de correr en busca de papel.

El viaje del idiota, en fin, podría parecer un título curioso, epatante, un buen reclamo en un escaparate, especialmente en un escaparate navideño. Pero Cabanas es listo como el hambre, como un niño. Los que le conocen saben que, en efecto, tiene mirada de niño hambriento, de gamín que se busca la vida en un vertedero, el que crece a diario en el corazón de cualquier hombre. Para esa mirada resultan diáfanas cosas como un señor que escribe en la cocina y no se concentra. Como que conocer y viajar son sinónimos; que para conocer hay que estar loco y dispuesto a embarcarse en una cáscara de nuez, y enfrentarse a monstruos inconcebibles, a mil y un naufragios. Como que toda vida es al fin y al cabo eso, el viaje de un idiota, y que para que merezca la pena hay que saber contarla. Cosas, en fin, como que bromas, palabras y, sobre todo prólogos, los justos.

Alberto R. Torices
diciembre de 2009

Para Charo y Sara

Como un idiota incurable vendría al mundo, que había olvidado la primavera.

William Faulkner
La paga de los soldados

—No sólo me divorcié por su indolencia, o por su costumbre de comprar novelas que luego no leía, tu padre era un hombre infiel, Santiago, alguien a quien no le importaba perder su prestigio por un lío de faldas...

Mi padre me envía mensajes desde el más allá. No me parece procedente comentárselo a mi madre y mucho menos en esta situación. Estamos de pie ante su tumba, con un búcaro roto y un puñado de rosas frescas. Cuando llega el aniversario mi madre me convoca con urgencia irracional y recorreremos doscientos cincuenta kilómetros. Elige el día más inhóspito del año, o el que más trastornos me provoca. Hoy hay algo de humedad, pero el hombre del tiempo, con voz adusta, ha pronosticado viento del Sur.

—¿Qué vas a hacer estas vacaciones?

—Lo tengo que meditar.

—¿Vendrás con la niña?

—No sé, no creo... Había pensado en algo diferente... Aunque supongo que ella tendrá sus propios planes.

Mi madre baja los párpados como un caimán saciado y adopta una expresión hermética. Es su forma de transmitirme que, a diferencia de mi hermana Sonia, me considera un caso perdido. En su escala de valores, y en las sinapsis que se forman en su cerebro, los hombres somos

capullos sin futuro, fósiles insensibles con nulo valor arqueológico. En algún momento de la evolución, hace milenios, los seres como ella se enseñorearon de la tierra y los machos, excitados y errabundos, adquirieron un papel adicional (pongamos que el de zánganos, copuladores o sablistas). Ahora ese ser superior se ajusta la falda y me mira con una sombra de inquietud.

—¡Qué tarde es!

—¿Te acerco a la estación?

—No; voy a pasar por casa de tía Berta. ¡Dios mío, se me ha olvidado coger cinco rosas!

—¿Cinco rosas?

—Para San Alipio: ofrécele el rezo de un misterio del rosario durante cinco días y el último ponle cinco flores rojas. Tu tía ha vuelto a sufrir un cólico y está convaleciente. Su vesícula, ya sabes.

—Ya. ¿Confías mucho en San Agapito...?

—San Alipio... fue obispo de Tagaste... Y sí, al secarse, las rosas surten efecto. No me mires con cara de incrédulo.

Avanzamos juntos, pisando la hierba, dibujando mientras paseamos una estampa familiar: el hijo solícito que tomándola por el codo guía a la viuda entre una fila de tumbas. El cementerio tiene forma hexagonal y se extiende, como un tendón blanco, hacia la orilla del río. Hay panteones fabricados con mármol de Verona —o de Silesia, no sé—, pero alejan, en su compacidad, cualquier idea de resurrección. Sin saber el motivo, a pesar de que he

desayunado zumo y cereales hidratados, me azuza con fuerza el hambre.

—¿Crees que darán de comer a estas horas?

—No digas idioteces.

Mi padre empezó a enviarme mensajes desde el más allá hace semanas, pero creo que no debo hablar ahora sobre eso. Al cementerio lo rodea un muro de mampostería, sobre el que se alza una verja de hierro forjado. No hay hojas esparcidas en el suelo, pero en el portón de entrada, plasmado con un grafiti, alguien ha dibujado un unicornio con un falo enorme. Mi madre la observa con disgusto y me fuerza a acelerar el paso.

—Es una vergüenza que permitan estos atropellos. Vámonos. Ahora mismo.

Tengo cuarenta años y un coche con dos airbag. Alguien podría resumir mi vida, precisamente, en una serie de cuarenta capítulos. Oigo a mi madre conversar con el alcalde, mientras me oriento lentamente por el pueblo. Las calles son angostas y parecen un hervidero de tábanos. El alcalde, al otro lado del teléfono, farfulla como un convicto, aunque mi madre no afloja el nudo. *À vos ordres*, le oigo decir y por fin cuelga satisfecha. Algunas personas nos saludan y en un cruce hundo el freno.

—¿Qué ocurre?

—El peatón.

—¿Qué peatón?

—Ese hombre.

—¿El viejo?

—Sí, el que cruza el paso de cebra.

Mi madre se ajusta las gafas y lo examina atentamente.

—Pero... ¿no es tu tío?

—Pues, ahora que lo dices...

—Dios mío. Está acabado. ¡Tu tío Jaime está hecho un detritus!

Detritus es uno de esos vocablos de los que hace usufructo mi madre, como «pomo de perfume» o «cayó de hinojos»: son un vestigio de su educación monjil, de un pasado astringente en el que aún existían las cofias almidonadas y los dedales de cerámica. Ella sigue creyendo que los soldados del Ejército Rojo devoraban católicos y que dormían puestos en pie. Observa a mi tío con aire fiscalizador, reprobatoriamente, recordando, si no me equivoco, las veces que dejó preñada a mi tía. Llegamos a la casa y detengo el coche.

—No hace falta que te bajes. Lo que sí espero es saber algo de mi nieta. No hagas como hace dos años. Y si ella quisiese venir, no vayas a ser tú el que le ponga objeciones. ¿Qué me dices?

—Luisa estará bien, no te preocupes. Cuídate, mamá.

—Ya lo hago. Ojala tú hicieses lo mismo.

Desciende elástica, como la mujer de un brigadier, sin un atisbo de artrosis. Parece dirigirse a un palco de la Scala, o a recaudar fondos para las Women's Christian Temperance Union. Hasta el dibujo calado que, como una cinta, divide sus pantorrillas, traza dos hemisferios perfectos.

—Saludos a tía Berta —le digo.

—Si no fueras un hipócrita, entrarías conmigo.

Sube un peldaño, pulsa el timbre y se coloca la estola —a pesar del calor— como una bandera. Dejo caer el coche y enciendo la radio, a ver qué dicen. El viento que anunciaban, una versión grasienta del siroco, sopla con ansia en las calles.

—La vaca, de raza Hereford, se ha escapado de una explotación ganadera de Texas, y aunque su propietario duda de que se haya extraviado, no ha sido localizada en ninguna granja de los alrededores.

En la tele aparece un tipo grande, más ancho que alto, libre de impuestos y apellidado Norton. El señor Norton masca una brizna de hierba y mira a la cámara con resignación bovina. Lleva corbata de lazo, sombrero *stetson* y una camisa blanca. A pesar de que es un hombre joven, emana una sensación de respetabilidad.

—¿Cree usted que puede haber sido producto de un robo? —Le pregunta un reportero con voz hostigante.

El señor Norton, cuyo mentón evoca la solidez de la América profunda, se toca el ala de fieltro y dilata las fosas nasales. Su pecho, robusto y puntiagudo, parece una colina, o un gran horno de barro. Suelta el aire con un aplomo vibrante, antes de responder al periodista.

—Yo no diría eso.

El señor Norton tiene aspecto de metodista, o de presbítero, de alguien que lee la Biblia todas las noches. Tiene seis hijos y un *chevrolet* con faros cromados a la puerta de casa. Su mundo es como la granja en la que ordeña, un rincón apacible, un paraíso de aspecto orgánico

y litúrgico. Debería concertar una cita con él, preguntarle por qué mi ex mujer, Miriam, consigue desesperarme al otro lado del teléfono.

—Si crees que Luisa va a ir contigo en ese viaje que tienes planeado...

—Lo negociaré con ella.

—No digas idioteces.

—Tendrá que ceder. Contigo lo ha hecho, ¿no?

—No hizo falta. Luisa y yo tenemos los mismos gustos.

—¿Sí? Pues parece que ese maromo que te has echado de *partenaire* no le entusiasma en exceso.

Al otro lado del teléfono se produce un silencio gélido, que Miriam mastica como un chicle duro. Oigo el silbido agudo de su respiración como si saliese de un botijo.

—No sigas por ahí.

—Bueno, es la percepción que...

—¿Percepción? Dios mío, ¿por qué empleas esas palabras?

Ahora soy yo el que arma un silencio gélido, mientras hago acopio de más munición.

—Las palabras están para utilizarlas, Miriam. A mí me gusta darles salida, no dejar que se pudran, como las lechugas. Las palabras...

—Santiago...

—¿Qué?

—Vete a la mierda.

Miro en la recámara, pero no tengo balas de repuesto. Me quedo con el auricular, desconcertado, oyendo un

zumbido tremebundo. En Texas el señor Norton pasea por su granja, ante la silueta imponente del granero: parece un juez solemne y pausado, o un maquinista de la Union Pacific. En los ochenta Miriam y yo soñábamos con recorrer la América profunda y follar en los moteles de la ruta 66. Los moteles como reservas insulares de semen, compartiendo sábanas y toallas por cinco dólares. Vestíamos pantalones tobilleros y botines de punta afilada. Recuerdo que yo llevaba al hombro una guitarra con brillantes falsos y tachuelas de cobre.

Mi hija Luisa tiene dieciséis años y no me la imagino en un motel. La concebimos en la cama de mis padres, en el tálamo nupcial, lejos de dunas fronterizas. Años después, intentando calmar su llanto, me acordaría de la noche en que la concebimos, del sofoco de unos muelles violentos que, bajo un colchón de lana, transmitían el brío de otra generación.

Me asomo a la terraza y miro la tarde, el suero rojo que empapa las nubes. Los conductores —esos majaderos— se apelonan en los cruces y tocan el claxon con rabia infinita. Cuando lleguen a casa comprobarán que padecen amnesia y que siguen igual de estreñidos. Se va formando un atasco faraónico y el ruido, subiendo hacia el cielo, resulta ensordecedor.

En la tele, acompañada por una voz en *off*, la vaca ocupa un primer plano. Es un ejemplar magnífico, un rumiante de pelo rojo y ubres como escafandras. El señor Norton dice que se llama Teresa, en honor a su primera esposa. Teresa.

Su gran rostro de baptista toma el color de una mazorca a punto de estallar. La garganta del narrador traga saliva y adopta un giro dramático. En Texas, dice, una ola de frío polar hace peligrar la vida de la vaca Teresa.

—Todo el mundo va a pensar que estoy chiflado.

—¿Qué dices, papá?

—Nada. Estaba pensando en tu abuelo.

Hay quien tiene una granja en África, o una buhardilla en la Rue Galande; mi padre, que era gallego, tenía una clínica veterinaria. Mi padre sentía debilidad por los animales minúsculos y a veces les expresaba cierta devoción. Cuando llegaba a casa traía los bolsillos llenos de alpiste o, mezclados con los billetes, huesos de pollo. Le gustaba su oficio, extenderse en anécdotas inverosímiles, contar sus escaramuzas con quistes y garrapatas.

—Hoy estuve operando a un perro salchicha. Lo habían atropellado y parecía una hamburguesa. Lo sedé y empecé a rajarlo lentamente. Acoplé sus tripas una por una, despacio, como un puñado de calcetines en un cajón. Salió de la consulta dando brincos.

Mi madre, que aborrecía los animales, empezó a sospechar de él. Mi padre decía que los pelos rubios eran de setter y se volvía locuaz con los parásitos. No estoy seguro qué le hacía, a los ojos femeninos, tan seductor. El perfil de sus clientes eran mujeres fondonas, pelo color café con leche, pero con las curvas y el apetito sexual intactos. Mi padre copulaba con ellas de pie, entre jaulas

de periquitos, desestabilizando la existencia pacífica de los hamsters. Supongo que era eso, la jungla doméstica, lo que las excitaba tanto: ser abrazadas por el doctor, el chamán, el tarzán con camisas de Armani. La consulta donde exterminaba las pulgas era, en cierto modo, su *ville de plaisir*. Años después mi madre hizo algo ignominioso, algo que nunca le podré perdonar mientras viva: me mostró un billete verde y me sobornó para que practicara una delación. Yo tenía quince años y me masturbaba constantemente.

—Te ofrezco un trato.

—¿Un trato?

—Si pillas a tu padre poniéndome los cuernos, no te requisaré más revistas.

Le saqué, a mayores, cien pesetas. Mi plan consistía en recurrir a mi primo Claudio, que aspiraba a ser reportero de guerra (con el tiempo, inexplicablemente, se hizo cura). Le di una copia de las llaves y sorprendió a mi padre eyaculando, en la clínica, con los pantalones a media asta.

—Había plumas de canarios por todo el quirófano —me informó Claudio.

Mi padre nunca supo lo que sucedió, o al menos eso creí durante años. Porque ahora me escribe desde el más allá — desde hace dos semanas— y aunque lo cierto es que me voy acostumbrando —con todo lo que eso conlleva de rutina delirante—, aún recuerdo cómo se me erizaron los pelos la primera vez que chateé con él.

NO TE HAGAS el despistado. Sabes quién soy.

No sé quién es usted ni qué hace en este chat, pero esta broma macabra...

Santi...

Pero, quién... ¡Joder! ¿Cómo sabe mi nombre?

Soy tu padre, Santi...

A la mierda...

Está bien. Lo comprendo. Comprendo que estés aturdido... Sé que es de locos, muchacho, pero tienes que creerme...

¿Crearle? ¿Me toma por idiota?

Bueno, nunca has sido muy listo, Santi... No te enojés... De tal palo, je, je... Ya sabes lo que opina tu madre de los hombres... y especialmente la credibilidad que nos concedía a nosotros dos...

¿¿¿Cómo???

Vale. Iré al grano. No dispongo, aunque pueda parecer lo contrario, de mucho tiempo... Joder, no te imaginas lo *rápido* que pasa el Tiempo en la Eternidad... Es una de las paradojas de la muerte... Te sorprenderías...

Pero... ¿qué dice?

Ya veo. He de ir al grano... Tu antojo... tienes un antojo detrás de la oreja derecha... Un lunar con la forma de la Isla de Pascua...

...

A pesar de que tu ocupación actual es bastante tétrica,